

Una lectura ecológica del cuento “Recuerdos de un sapo”

Vanzetti, Mónica Graciela
Facultad de Lenguas UNC

“¿Qué sería del hombre sin los animales? Si todos fueran exterminados, el hombre también moriría de una gran soledad espiritual; porque lo que les suceda a los animales también le sucederá al hombre. Todo va enlazado.”

Mensaje escrito por el jefe de las tribus Dwasmish y Suquamish

Es responsabilidad de todo ser humano respetar la vida en todas sus formas. La naturaleza y el mundo animal al igual que el hombre, son entes con vida que padecen, tienen sentimientos y a los que también se les debe respetar. Cuando se rompe este equilibrio, las consecuencias son muy negativas para todos los protagonistas del ecosistema. La relación del hombre con la naturaleza y en especial su vinculación con los animales es uno de los ejes articuladores de los relatos de Horacio Quiroga (1878-1937), escritor uruguayo del siglo XX.

En el presente trabajo se propone un itinerario de lectura que nos permita reflexionar sobre la relación que el ser humano mantiene con el mundo natural desde una perspectiva ecocrítica focalizando nuestra mirada especialmente en la relación hombre-mundo animal en el relato “Recuerdos de un sapo” (1908) que aparece en *Cuentos no recopilados en libros* (1899-1935).

Más allá de que en las últimas décadas del siglo XX se suma una mirada de protección y defensa del mundo natural que se inscribe dentro del discurso ecologista, la relación hombre-animal ha pasado por varios estadios. A lo largo de la historia se han planteado diversas teorías éticas que explican la relación entre ambos; están los que les niegan toda relevancia moral al señalar su carácter meramente instrumental y aquellos que por el contrario afirman su valor intrínseco y moral.

Los aportes de la Declaración de los Derechos de los Animales (1977-8) nos servirán de guía para reflexionar sobre cómo el comportamiento antropocentrista se manifiesta en la falta de compromiso e interés al no respetar muchos de los principios propuestos en este manifiesto ecológico. El desconocimiento tal vez de muchos de los derechos otorgados al mundo animal ha hecho que el hombre como también los personajes del cuento que se analiza, cometan actos impropios o inadecuados contra los seres vivos.

Como educador y como adulto, el director del relato “Recuerdos de un sapo” no fomenta en los alumnos el amor por el entorno natural, todo lo contrario, con su accionar irresponsable, falta de compasión y ética moral demuestra que no manifiesta interés alguno en respetar la vida ajena. Lo paradójico es que el día anterior a la salida escolar, dicta una clase de moral y recalca la idea de que los sentimientos de compasión hacen del hombre un ser superior. Los alumnos se muestran contentos porque piensan que en un espacio diferente al áulico y en contacto directo con la naturaleza el director podría llegar a olvidarse aunque sea un día de los eternos y aburridos discursos sobre moral: “ser bueno, es ser justo; todo proviene de ahí... cuanto más humilde es el objeto de nuestra compasión, tanto más noble es ésta.” (301) Nadie sospecha cómo una salida al Jardín Botánico le cambiará la forma de concebir la vida haciendo que adopte una mirada ante el prójimo muy diferente a la que predica en las clases de moral.

Uno de los principios esenciales de la Declaración sostiene que todo animal tiene derecho a ser respetado, cuidado y protegido. Al inicio del relato ya somos conscientes

de que este grupo de alumnos no tendrá en cuenta los preceptos anteriormente mencionados al detenerse a observar y a clasificar sólo las plantas que consideran útiles o que podrían llegar a usar como armas para defenderse de eventuales lagartijas, lagartos y víboras: "... los talas, gracias a cuyos bastones irrompibles los lagartos y víboras viven más bien mal, sobre todo si se tiene cuidado de escoger una rama encorvada, de modo que se pueda golpear de plano sin agacharse mucho." (301)

Además de estimular el respeto por la vida de los animales, en la Declaración se recalca que no se debe maltratar ni someter a actos de crueldad a ningún ser vivo y que si la muerte fuese necesaria, tendría que ser instantánea e indolora. Nada de esto sucede en el cuento de Quiroga. Cuando los niños encuentran al indefenso sapo que se mantiene quieto ante el ruido y alboroto que ellos mismos provocan, empiezan de inmediato a empujarlo sin importarle que el animal rodase, se diese vuelta o diera saltos en el aire. Desde un principio someten al sapo a un largo suplicio y se divierten a expensas de un animal que nada les hizo más que estar sentado y mirarlos en silencio. En esta acción el grupo estaría violando uno de los preceptos más importantes del manifiesto cuando se señala que todos los animales nacen iguales ante la vida y tienen los mismos derechos a la existencia que el ser humano.

La visión de los alumnos maltratando al sapo, hace que el director olvide o no respete los preceptos morales de bondad, justicia y compasión que tanto inculca en sus clases para dar lugar a sentimientos muy oscuros como son la maldad, la intolerancia o el disfrute del dolor ajeno. Es el mismo director el que propone colocar al sapo en las vías del tren, lo que emociona a los niños porque tendrán la posibilidad de verlo morir aplastado.

Como adulto y pedagogo, en vez de detener tal cruel acción y darse cuenta del mal ejemplo que está dando, incita aún más a los jóvenes para que lo acompañen y aprueben su idea: "Gozaba más que todos nosotros, ya que él había tenido la idea. El animalito se mantenía mal sobre el riel, relevado en aquellos días, resbalaba a cada instante una pata. Miraba atentamente con sus ojos saltones, sin comprender nada." (302)

Cuando el maquinista observa desde lejos al grupo esperando a que el sapo fuese aplastado por el tren, se enfurece justamente por la presencia de un adulto avalando tan escrupulosa matanza. El maquinista considera un acto de cobardía el atacar a un ser más pequeño e indefenso y les grita, hecho que indigna al director por considerar que su proceder antropocentrista no tiene nada de incorrecto. El director no puede, ya sea por puro goce, aburrimiento o por querer demostrar su poderío e ingenio, atribuirse el derecho de exterminar, maltratar o explotar a un animal indefenso. La muerte del sapo es completamente innecesaria, no es instantánea, es sumamente traumática, y le genera una extrema angustia al no poder escapar ni evadir tal violento final.

El narrador del relato, muchacho de campo, primitivo y cazador, siempre había considerado como enemigo de su especie a todo animal hurraño, en especial a los que corren ligero. Es verdad que en el campo había atormentado y matado a varios sapos inocentes pero también es cierto que si alguien le decía que le era fácil matarlos porque no podían defenderse, en seguida dejaba caer la piedra por considerar que se estaba comportando como un cobarde. Cuando recuerda su contacto con los animales siente un dejo de remordimiento, vergüenza y culpa al recordar lo sucedido con el indefenso sapo aplastado en las vías del tren: "Veía planteada sí la gracia: un hombre y veinticuatro muchachos martirizando a un animal indefenso. Si el animal hubiera sido más grande –pensaba– más fuerte, más malo, si hubiera podido defenderse, en una palabra, el director nunca se hubiera atrevido a hacer eso." (303)

Es significativa la reacción del narrador en el Jardín Botánico, porque nada de lo que siente en su niñez por el mundo animal lo traslada al sapo que encuentra en la salida

escolar. Su comportamiento tampoco condice con la actitud que alguna vez tuvo cuando le rompió el muslo de una pedrada a un apereá. Al ver a ese animal gimiendo toda su animosidad desaparece, reconoce el acto de crueldad del que fue responsable y decide cuidarlo. Aunque el animal muere, se arrepiente y se avergüenza por haber cometido sin ninguna justificación lógica un acto tan brutal y maligno.

El recuerdo del apereá lo hace reflexionar sobre todo lo acontecido en esta salida y se indigna consigo mismo por no haber detenido tal acto de crueldad o por no haber desobedecido las órdenes del director. Mientras más rabia siente por su proceder, más rabia siente también por el único compañero que considera un acto inútil e innecesario haber sacrificado al sapo. Al final del relato casi ya no se acuerda de este animal y los sentimientos de culpa, remordimiento o vergüenza que puede haber tenido se desvanecen. Lo único que le interesa es contar a su padre lo sucedido para congraciarse con él y hacerle notar la clase de moral práctica que practicaba el director.

Desde que en el siglo XVII el filósofo francés René Descartes naturalizó la idea de que los animales son "simple máquinas", el pensamiento científico se ha dejado guiar por este pensamiento. Todas las crueldades a las que los animales son sometidos solamente se pueden cometer si se niega justamente que todo ser vivo tiene la capacidad de sentir. Si al menos se considerase la posibilidad de que un animal puede sentir dolor y sufrir al igual que todo ser vivo, el hombre no se comportaría de la manera en que lo está haciendo. Negar o no aceptar la condición de que los animales son seres sensibles y emocionales es lo que facilita, como sucede en el cuento analizado a que se someta a un animal a padecer una muerte angustiante, traumática y dolorosa. Todo acto que implica la muerte de un animal sin necesidad y justificación, como ser la muerte del sapo, es un claro ejemplo de biocidio según lo establecido en la Declaración.

El hombre como centro de todo, dominador y explotador del planeta da muestra de un comportamiento antropocentrista y en el relato esta actitud se manifiesta en la propuesta del director por acabar con la vida de un ser inocente y la de todos los alumnos al aceptar y apoyar esta idea no mostrando ninguna clase de remordimiento. El gozo ante el dolor ajeno ejemplifica el grado de violencia y crueldad a la que el ser humano es capaz de llegar por el solo hecho de demostrar su poder y grandeza.

El pensamiento dominante del siglo XVIII, que concibe al hombre por encima de la naturaleza, aún sigue rigiendo en muchos ámbitos, incluidos los académicos. El antropocentrismo insiste en el valor y la dignidad de los seres humanos y refuerza la posición central del hombre en el universo, situación que no beneficia a la madre naturaleza ni se interesa, por ejemplo, por la matanza y el maltrato a los animales. Una mirada no ecocéntrica afecta a toda la humanidad y a la naturaleza por igual.

Uno de los propósitos de la Declaración Universal de los Derechos de los Animales es promover la reflexión sobre el comportamiento antropocentrista de los seres humanos y ayudar a que el hombre defienda y proteja la vida de todos los seres que conviven con él en la tierra y se inscriba dentro del discurso ecologista y ecocéntrico. El sentir respeto por los derechos de los animales tendrá como consecuencia el respeto a los derechos de los humanos, siendo ambos inseparables.

A manera de conclusión es válido mencionar que cada vez hay más personas y organizaciones preocupadas por poner fin a la opresión, explotación, tortura y extinción de los animales. Además es justo mencionar que muchos de los problemas ambientales que discuten o se interesan por estudiar los ecologistas como el interés de hacer respetar el principio moral básico de considerar iguales los intereses de humanos y animales, han sido temas que han preocupado y han estado de una manera u otra presente en la narrativa del escritor uruguayo Horacio Quiroga.

Bibliografía consultada

Declaración Universal de los Derechos de los Animales, 1977-1978.

Glotfelty, Cheryll & Fromm, Harold. *The Ecocriticism Reader. Landmark in Literary Ecology*. Georgia: University of Georgia Press Athens, 1996.

Gonzalez, Luis José. *Ética Ecológica para América Latina*. Colombia: Espacio Editorial, 1992.

Gutiérrez, Daniel. *Hablar con el bosque*. Argentina: La Crujía Ediciones, 2009.

Quiroga, Horacio. *Cuentos Completos*. Edición a cargo de Carlos Dámaso Martínez. Buenos Aires: Seix Barral. Biblioteca Mayor, 1997.